

Ritos

Serge Fauchereau

Tras una etapa en la que fue profesor de literatura norteamericana en las universidades de Nueva York y Texas, Serge Fauchereau ha comisariado numerosas exposiciones e instituciones o museos como el Pompidou, la Kunsthalle de Bonn, el IVAM de Valencia, el CAAM de Las Palmas de Gran Canaria o el Palazzo Grassi de Venecia. Entre sus numerosos libros se hallan Lecture de la poésie américaine (1970). Écrivains irlandais d'aujourd'hui (1973), Vingt mille et un jours (en colaboración con Philippe Soupault), 1979. Entre los numerosos libros dedicados al arte se encuentran Les peintres révolutionnaires mexicains (1985), Braque (1987), Arp (1988), Kupka (1988), Malévitch (1991), Mondrian et l'utopie néo-plastique (1994), Sur les pas de Brancusi (1995). Otros libros suyos son Fiction complète (1983), Philippe Soupault, voyageur magnétique (1989), Expositions & affabulations (1992).

Serge Fauchereau es un escritor cosmopolita, amigo de salirse de los cauces intelectualistas por los que se ha movido la literatura francesa desde Tel Quel. Curioso de los diversos lugares que visita, irónico y con sentido del humor, sus textos constituyen una apuesta festiva, casi rabelaisiana, para transitar por el mundo.

En su Expositions & affabulations (1992) señala que «es preciso abolir toda presencia de la escritura en la lectura» de tal manera que cada lector pueda percibir un aire de familia en lo leído, como si se manifestase con sus mismas palabras. Así, Serge Fauchereau pretende acercarse a una frontera que está lejos del retoricismo intelectual o literario, según se hace evidente en las expresiones coloquiales, en el tránsito fugaz de la referencia más culta a la más cotidiana, en el recuerdo de canciones populares o de versos de Victor Hugo tan comunes como nuestro «Volverán las oscuras golondrinas». Sin embargo, esta actitud no conduce a alejarse de la orientación y de los riesgos de la modernidad, como suele acontecer en el panorama español, sino más bien a adoptarlos como principios insoslayables. La poesía no se halla en las academias, ni en las palabras, sino en las mil y una formas en que los vínculos entre la mirada, el deseo y el mundo, se entrelazan en fragmentos que se vuelven ágiles y traslúcidos a la vez como

si todo el vértigo de lo real pudiese percibirse por la suma de sugerencias, de evocaciones, de instantes, de sensaciones, de recuerdos. En cierto modo puede decirse que Serge Fauchereau es un anotador de impresiones y un recolector de fragmentos. Y es como un autor de collages capaz de extraer un fragmento de un cuadro del siglo XVI (de Joachim Beuckelaer, por ejemplo) y otros, de una visita a la ciudad de México o de una página de Malcom Lowry. No es extraño. El escritor francés ha dedicado algunos de sus libros y de sus reflexiones a artistas donde la práctica misma del collage, el deseo de atrapar hechos distantes y volverlos simultáneos, son esenciales. Pienso en los libros sobre Braque, sobre Arp, sobre Gerardo Rueda. Pienso en sus referencias a autores de collages tan singulares como Hannah Höch, Schwitters o Fahlström. Los trozos se eligen, se intercambian, se toman del suelo o del cielo, de una barra de neón o de los sueños más sublimes. Las piezas se hacen intercambiables. También Serge Fauchereau ha dedicado otras de sus obras a Malévich o a Mondrian, acaso los pintores más utópicos del arte moderno. Los fragmentos de Fauchereau, en este sentido; no conforman una poética que se aleja del instante en que se anota: tienen que ver con la revelación que opera ante el autor de un diario de viajes. Si el objeto es la poética, como diría Braque, los objetos son siempre diferentes, sometidos al instante y a las mil maneras en que pueden percibirse.

Serge Fauchereau es también un escritor irónico, pero su ironía está cubierta de un humor que colinda con un buen saber vivir. El amor, la pasión o el deseo, pueden hallar sus altas cimas junto al mundo que nos envuelve. El amor más legendario puede ser tan sublime como un banquete. Amar y comer, como sabían Platón o Rabelais, van siempre unidos. «Yo también me comía lo mío», dice entre nosotros la avispada Lozana Andaluza. Habitar la frontera en que el amor o el erotismo, las piezas y los tesoros hurtados al arte y a la historia, se evocan entre la poire et le fromage, entre uno y otro souvenir, en un itinerario por mundos distantes, entre Nueva York y Bruselas, entre México D.F. y Kaohsiung, etc. Habitar esta dilatada frontera puede verse desde una suerte de perspectivismo donde la percepción no elimina los secretos, los recuerdos, las nostalgias, la verdadera intrahistoria que a cada uno nos marca. Si escribe como alguien que ha vuelto a su estado natural después de largos viajes en que ha tenido ojos de gigante o de enano, si reconoce las trampas y los escollos de la memoria, Serge Fauchereau sabe también que el intérprete nada es si no está tocado por la vida íntima con que percibe el mundo. Podemos evocar las pompas de jabón de Francis Ponge, pero lejos de aquella asepsia intelectual, la espuma se halla unida al recuerdo de una muchacha que lava su cabeza en el patio de una casa, bajo el sol de un mediodía, en un momento preciso de nuestra vida.

Ritos apareció en marzo de 1998, con ilustraciones de Emile Lanc, en Éditions de Pambedui, en Bruselas. Los textos aquí traducidos se basa en esta edición, al que sólo se añade el primero de los fragmentos. El cuaderno recoge diversos textos que muestran la presencia y la necesidad del rito en distintas culturas, a veces en medio de manifestaciones laicas, otras, a medio camino entre lo pagano y lo religioso. Los textos mismos vienen a ensamblar, a modo de collage, visiones dispersas y fragmentarias, extraídas, como papiers déchirés, de lugares en que el rito puede mostrarse bajo formas muy diferentes. Lejos de todo monismo, lo ritual se dispersa y se lamina en diversas perspectivas, y se vuelve a pegar, a encolar, alejado del intelectualismo o de misticismos a lo Jabès, con humor, sin excesivas pretensiones, con la gracia de quien sabe que asiste también a un ritual: escribir, publicar.

Agradezco al autor las sugerencias y aclaraciones respecto a mi traducción.

* * *

Entre los postres, el queso y el puro, ya se trataba de la cuestión de Delfos, del sentimiento de eternidad que te sorprende cuando se descubre Delfos. Por un lado alguien había propuesto la ciudad prohibida de Pekín, después se estaba de acuerdo sobre Delfos como uno de esos lugares perfectos donde el espíritu está en el aire desde siempre. No dije nada, no porque desconociera Delfos o Pekín, sino porque estoy seguro de que el espíritu no se encuentra en los lugares sino en las gentes. Está aquí o no está: para el soldado que bombardea los paisajes arqueológicos babilónicos como para el conquistador que arrasa México, el aire de los explosivos es más fuerte que el del espíritu.

Por otra parte, en lo que me concierne, este sentimiento de eternidad lo percibí hace mucho tiempo al ver el patio trasero, casi ruinoso, de la casa de los Charneau. Debía tener entonces dieciséis años. Había venido a buscar a la hermana de Roger y, como estaba cerrada la puerta de entrada, había ido por las viñas. Estaba llegando al manzano cuando pude ver. Me parece que estoy viendo hoy de la misma manera que entonces: el patio un poco más abajo, el blanco del muro enjalbegado, y ella que se lavaba la cabeza en una pequeña palangana azul. Sus manos flotaban y removían la espuma de los cabellos. A través de la tela de la blusa su espalda se movía, de manera distinta a la columna vertebral. Tenía la impresión de sentir sus

dedos sobre mi cabeza y cómo el agua me corría por el cuello. Estaba allí, inmóvil, la espalda bajo el sol, en lo alto de una escalera de cemento bastante fea, sin llamar, sin decir nada, como ante un rito secreto. Enjuagaba ahora sus cabellos y yo admiraba cómo, siempre inclinada, encontraba a tientas el cubo junto a sus pies para vaciar la palangana esmaltada, y encontraba el jarro grande para llenarla de nuevo con agua clara. Todo esto en medio de la más cruda luminosidad, junto a las piedras de la casa, tan blancas. Luego envolvía sus cabellos en una toalla y erguida, cantaba ante un espejo minúsculo una canción de amor, de muerte, algo picante. *La p'tite Nantaise Elle est malade Du mal d'amour*. La sacerdotisa con turbante pasaba y volvía a pasar junto al muro llevando un jarro y una palangana azul. Pour la guérir On lui donnait De la salade Trois fois par jour Trois fois par jour. El tiempo estaba detenido a la espera de un acontecimiento esencial: un temblor de tierra, una fulminación cósmica que no se produciría. De pie, al sol, bajo un manzano, pude percibir todo esto. He tenido el sentimiento de eternidad delante de un patio trasero donde una avispada de mi edad se lavaba la cabeza, camino de la que habría de ser, en Mareuil-sur-Lay.

Villejuif, 15.VII-1991

* * *

Antes que cualquier otra cosa debe recordarse que, a la espera del recreo o de la merienda, debimos soportar los problemas, los dictados y, sobre todo, la temible prueba de recitación de *Un homme de chez nous de la glèbe féconde* o *Pâle étoile du soir messagère lointaine*. Se cree que la poesía consiste en decir cosas rebuscadas en pequeños fragmentos que se cuentan generalmente hasta llegar a doce. Luego se verá que no es necesario medir las palabras y que unos versos libres vienen bien a este tema un poco extraño y algo sentimental, como una canción. Y además, los especialistas han revelado que, desde las vanguardias, la poesía, «duda entre el sentido y el sonido» –tomad nota–, existe tanto en prosa como en verso. Encadenamiento de metáforas o fragmentación sintáctica, tenedlo en cuenta, la poesía ya infunde respeto.

Forma concisa y sentido indeciso deberían permitir, se dice, que reconociéramos un verdadero poema en prosa. Como éste:

Veo al pequeño aprendiz en el aparejo de arroyuelos aislados. Tiendo la mano hasta los charcos de agua bajo el permanente hielo perpendicular y turbio, donde se evaporan el cuello, la grieta de la redecilla capilar.